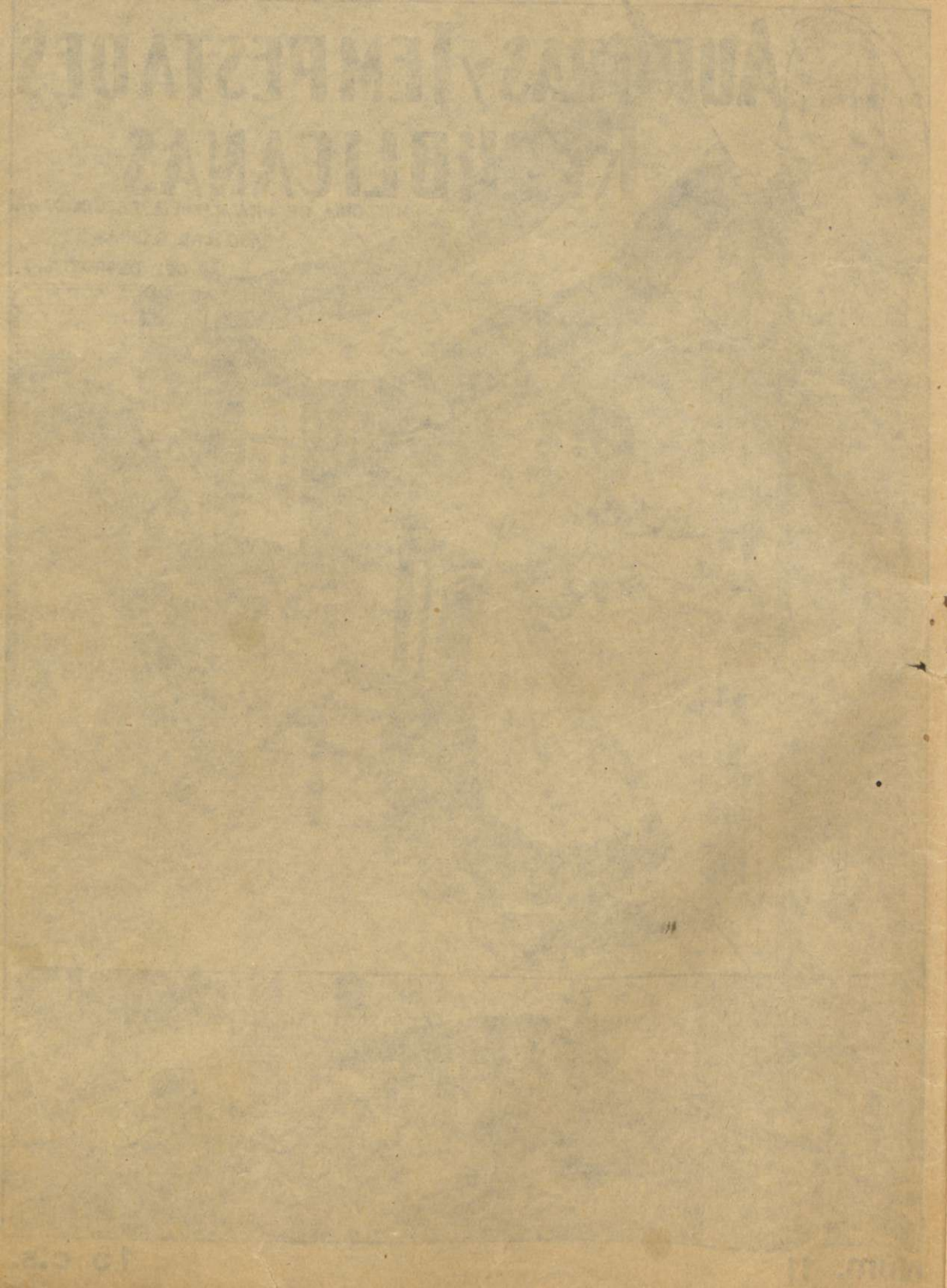


AURORAS y TEMPESTADES REPUBLICANAS

HISTORIA DE UNA FAMILIA REPUBLICANA
BAJO LAS GARRAS
DEL DESPOTISMO







CAPITULO XXI

EL ULTIMO CONSEJO

I: COMENTARIOS SECRETOS.—II: AMABILIDAD EGOISTA.—III: LA NUEVA SENDA.
IV: LA FUGA.

I

COMENTARIOS SECRETOS

Horas después de ocurrida la escena que dejamos relatada al final de nuestro precedente capítulo, Gonzalo de Togores, libre de sus deberes palatinos, regresaba a su palacio, penetrando cabizbajo, hondamente preocupado, en el gabinete donde el viejo duque de Albaida celebraba sus tertulias en aquellos días de honda conmoción popular que dió vida a la primera República española. La historia parecía repetirse. Subsistía la tertulia integrada por algunos ancianos que, fieles a su credo monárquico, proseguían asistiendo a ella, y por jóvenes que, participando por atavismo, por espíritu de clase, de aquellas retrógradas opiniones, gustaban de esenchar las anécdotas históricas y curiosas de los "buenos" tiempos de Narváez, las ocurrencias y donaires de maja castiza de la "señora", aquella Isabel II que suspiraba en París, viviendo de recuerdos, de aquellos recuerdos de milagrería y de lascivia que hubieron de señalar en la historia el perfil vergonzoso, despótico y rastrero de su reinado.

No se comentaban en la tertulia de Gonzalo las gestas de la primera República, el heroico movimiento popular para romper el yugo de la degenerada y abyecta dinastía borbónica. Si alguno de los reunidos evocaba un hecho, un gesto de aquellos hombres muertos u olvidados en el destierro, no faltaba quien le atajara exclamando:

—Aquello fué una mala pesadilla que no debe preocuparnos. Ya pasó. Escándalos de gentuza, ambiciones de miserables y descamisados... ¡Bah! ¡No merece la pena!

Minutos antes de que Gonzalo penetrara en la estancia había surgido en la tertulia una conversación semejante y uno de los reunidos, ante los actos despectivos de sus compañeros, se atrevió a pronunciar:

—Todo eso está muy bien, señores míos, pero es lo cierto que don Alfonso va galopando a un final demasiado trágico para él y quién sabe si también para nosotros.

—¿Para nosotros? ¡No lo crea!—le replicaron—. La monarquía, por fortuna, está asegurada.

—¿Usted cree?

—De algo había de servirnos la austríaca.

—Dicen que anda ya muy adelantada.

—En efecto. Nos dará un heredero del trono y con ello ya tenemos bastante.

—¿Y si fuera heredera?

—Es lo mismo. El precedente nos servirá de ley.

—Y ...¿Usted supone que Alfonso ha de vivir muchos años?

—Meses querrá usted decir.

—Sin duda. Ni siquiera ha podido reanimarle el fruto de esos misteriosos crímenes de El Escorial.

—Vamos, joven, un poco de cuidado. ¡Hay que ponerle un freno a esa lengua! Existen cosas que ni en broma se deben...

—Pero... ¡si todo el mundo lo sabe! El rey no tiene sangre y es preciso dársela de algún modo... ¡El fin justifica los medios!

—Bien, pero recuerde usted que "todo el mundo" no somos nosotros...

Otro contertulio, reciente heredero de un sonoro título castellano, inició:

—¿Ya se saben detalles de lo sucedido en El Pardo?

—Sobre la muchacha de...

—¡Creo que ha sido escandaloso!

—¡Silencio!—intervino el viejo monárquico—. De seguir por ese camino, me obligarán ustedes a dejar la tertulia.

Un viejo sacerdote que hallábase hundido en amplio butacón, expresó, mientras aprobaba con sendas inclinaciones de cabeza:

—¡Muy bien! ¡Muy bien! Si le obligan a usted, nos iremos los dos.

—¡Gracias, padre Amador! Lo agradezco más porque usted significa una verdadera institución en esta casa.

—¡Pobre de mí! Ya ni fuerzas me quedan para levantarme de la butaca.

—A propósito. ¿Ha vuelto usted a saber algo de sor Patrocinio?

—Pocos meses después de la Restauración, volvió al convento de Gualajara.

—¿No ha conseguido usted verla?

—Me lo propuse, pero, forzosamente, hube de renunciar al propósito. Las puertas del convento de la Concepción están absolutamente cerradas.

—Dicen que la marquesa de Sierraplata...

—Ha sido la única. Había llegado a tal situación económica, tan deplorable, que únicamente el hábito monjil podía resolverla. //

No pudo continuar el diálogo.

En aquel instante Gonzalo de Togores regresó de Palacio, penetrando en el gabinete, y todas las miradas claváronse en su rostro palidísimo, en su actitud que revelaba una inquietud indudable, un profundo disgusto.

—¿Qué sucede?—le preguntaron—. ¿Ha ocurrido a S. M. algún contra-tiempo?

—Nada—respondió el aristócrata—. S. M. goza de perfecta salud a Dios gracias, y acabo de dejarle en Palacio.

Gonzalo habíase dejado caer sobre una butaca, sin que toda su voluntad bastara para conseguir el disimulo que tanto deseaba, obligado, sin embargo, a justificarse ante sus curiosos contertulios, expresó:

—¡No tiene importancia! Una ligera indisposición... ¡No sé!...

—¡Los años, amigo mío!

—¡No son tantos!

—Usted ha peleado mucho en su juventud. La corona le debe importantes servicios.

—Cualquiera de los que aquí nos hallamos, en mi caso, hubiera hecho lo mismo, no dudo que lo haría si fuese preciso.

—¡Ah!... No confie demasiado. La juventud de hoy no es la de nuestros tiempos. Está contaminada... Son aristócratas a dos dedos de convertirse en demagogos.

El rostro de Gonzalo, su actitud, su prolongado silencio hizo comprender a los reunidos que la tertulia había terminado. Comenzaron a despedirse y a los pocos minutos, en el aposento quedaron solos el aristócrata y el padre Amador.

El viejo sacerdote, que no había despegado los labios después de la llegada de Gonzalo, pero que no había dejado de observar a éste un solo instante, exclamó:

—¡Inútil será decirte que a mí no has podido engañarme!

—¡Ya lo sé! Estaba deseando que se marcharan.

—Pues bien... ¡ya estamos solos! Soy viejo, demasiado viejo, pero el cerebro funciona todavía y un buen consejo no ha de faltarte.

El duque de Albaida acercó más su butaca a la del clérigo y comenzó a relatarle la escena ocurrida en su finca próxima a Aranjuez, escena que ya conocemos en todos sus detalles.

Al referir Gonzalo el momento en que hubo de invitar al rey a descansar en su casa, el padre Amador interrumpió, sin poder contenerse:

—¡Eso no dejó de ser una imprudencia!

—Pero también significaba un buen servicio.

—Prosigue...

Llego al final del relato y Gonzalo pronunció nervioso:

—Ya comprenderá usted, padre Amador. ¡Maldito sea el rey!... Estas palabras fueron pronunciadas por Carmen a dos pasos de S. M. y había tanta rabia en la expresión, un odio tan profundo en sus pupilas, que...

—¡Bah!... No te preocupes. El rey comprende demasiado ciertas situaciones y determinados caprichos... Sabe juzgarlos por experiencia propia.

—Además y para colmo de males, ese muchacho, esa maldita criatura, a la que debimos eliminar, se hallaba junto a su madre, y en el momento más comprometido se abrazó a ella, como si no obsante ser tan joven, quisiera protegerla.

—¿Ocurrió así?

—¡Como se lo digo! El maldito muchacho mira de un modo que parece haberle robado los ojos a su padre.

—Los ojos son lo de menos... ¡El espíritu es el que estorba!

—Temó que lo sucedido pueda tener para mí lamentables consecuencias.

El clérigo no despegó los labios. Había inclinado la frente y meditaba.

Aquel silencio alarmó al duque:

—¿Usted cree? ¿Usted supone?...

—Respecto al rey... puedes estar tranquilo... por ahora... Estoy seguro de que a estas horas ni siquiera recuerda lo sucedido, pero...

—¿Qué?

—Entiendo que ese chico, junto a su madre, puede significar muy pronto un verdadero peligro.

- Sin duda!
- Toda esa energía de Carmen, todo el valor necesario para pronunciar lo que dijo no reconoce más que un motivo.
- ¿El hijo?
- En efecto. Los brazos y las caricias del muchacho le dan semejante valentía. No está sola, sino que la presencia y la compañía de su hijo le dan fuerza para esa rebeldía. Es feliz, en una palabra, cuando se cree inmensamente desgraciada. Y cuenta que no estamos más que en el principio...
- Tiene usted razón! Esa criatura debe desaparecer.
- ¡Alto!... ¡Mucho cuidado!... Estos no son aquellos tiempos.
- Entonces...
- Existen otros medios. Se trata solamente de separar al hijo de la madre.
- ¡Exacto!
- Pues bien. En Chamartín los jesuitas acaban de instalar un colegio magnífico. ¿Comprendes?... De esta manera consigues lo que deseas y puedes evitarte un remordimiento y quién sabe si una venganza.
- No se hable más. Esta misma noche dormirá en el colegio ese muchacho.

II

AMABILIDAD EGOISTA

No bastaron hipócritas razones. Fracasaron los halagos falsos, aquellas frases que hacía mucho Gonzalo no pronunciaba ya junto a los oídos de Carmen. Las protestas de buenos deseos, de inmejorables intenciones para Pedrín.

—No seas terca. ¿Qué puede aprender en este pobre colegio de pueblo? Acabará siendo un salvaje. Si accedes, si no te opones a que me lo lleve, recibirá una educación esmerada. Será ingeniero, médico, abogado... ¡lo que tú quieras!

—Ni él ni yo ambicionamos semejante cosa Gonzalo. Para él no habrá mayor dicha ni para mí mejor consuelo que poder hablarnos a todas horas. Tú no puedes concebir la felicidad inmensa de ciertas nimiedades. Taparle bien cuando duerme, espiar su respiración que me ha parecido agitada, reprenderle con fingida severidad cuando regresa rojo, jadeante de correr por el campo, libre, feliz, gozando plenamente de una quietud de espíritu que no podremos quitarle sin cometer un crimen. Déjale a mi lado, siquiera hasta que sea más crecido. ¡Es tan niño todavía!

—¡Imposible! Aunque quisiera, no puedo complacerte.

—Pero... ¿por qué? ¿Qué razón hay para que así, de pronto, quieras arrebatármelo?

—Has hablado de crimen y lo hay, en efecto, pero de modo contrario a como tú supones. El crimen sería dejarlo entregado a esa libertad que tan buena te parece. Le dejaríamos sin el freno preciso para contener sus instintos.

—¿Sus instintos? ¿Qué quieres decir? Pedrín no es malo.

—Pero es revoltoso, rebelde.

—A sus años así ha de ser.

—Eso tiene más importancia de la que tú supones. Ese chico se llama Pedro Recio y al heredar el nombre, heredó con él las inclinaciones de su padre.

—¡Basta, Gonzalo! Te prohíbo que ni remotamente aludas a Pedro. Fuiste un cobarde, un infame; lograste dominarme amenazando la vida de esa criatura a quien hoy quíeres sacrificar. Han pasado algunos años. La vergüenza por mi parte y el hastío por la tuya, mataron nuestra lucha, trocándola en pacífica indignidad. No volvamos atrás los ojos. Márchate, déjanos tranquilos, olvidados si quíeres, pero calla... Callando, acaso realices la mejor obra de tu vida.

Hubo una pausa violenta. Carmen lloraba mansamente. Era su llanto resignado y silencioso, sin un lamento, sin un grito. Gonzalo paseaba nervioso.

Había cerrado la noche. Por la enrejada ventana del aposento, que servía a Carmen de voluntario calabozo, llegaba el aroma delicado del jardín y el chirriar de alguna carreta mezclado con la copla del campesino.

De pronto, como si la voz de la Fatalidad proclamara el dolor de vivir, bajo la inmensa serenidad del cielo estrellado, un perro aulló en la lejanía. El agorero lamento extinguióse en el aire, mientras Carmen, cesando en su llanto súbitamente, alzó las manos para taparse los oídos.

—¡Jesús!

Luego se alzó rápida y asustada corrió a cerrar el ventanal.

Gonzalo detuvo su nervioso paseo, y cuando Carmen volvía mansamente a su butaca, interrogó:

—Al fin, ¿qué decides?

—¡Que no! ¡Pedrín no saldrá de mi lado!

—¡Estás loca!... ¡Tanto más cuando no has de conseguir lo que te propones!

—¿Qué quíeres decir?

—Que me llevaré a tu hijo.

—¡Eso lo veremos!

—¡Infeliz! ¿Qué puedes hacer tú para evitarlo?

—Rogarte, suplicarte primero.

—Es inútil.

—Entonces, si no me matas, seré capaz de ahogarte entre mis manos.

Carmen había recobrado las energías que diez años antes habíale servido para defender su amor, y antes que el aristócrata pudiera evitarlo, vió que las manos femeninas pretendían ceñirle la garganta. Entonces retrocedió inquieto y de un manotazo brutal derribó a la mujer sobre la alfombra.

Carmen se incorporó rápidamente, pero ya era tarde. Gonzalo había saltado del aposento rápidamente y la llave había funcionado en la cerradura.

—¡Dios mío!... ¡Y no podré evitarlo!

Golpeó los tableros con rabia convulsiva, con toda la energía que le daba su dolor impotente.

—¡Hijo!... ¡Hijo mío!

La voz arrebatada por el viento perdíase lejos, bajo la sombra impenetrable del jardín. Luego el silencio indiferente, despótico.

Súbitamente resonó en la noche un grito de angustia, demanda de auxilio, voz de la sangre y exclamación de apuro supremo.

—¡Mamá!

Era la voz de Pedrín. Carmen corrió a la ventana. Sus manos débiles quisieron quebrar los hierros que, al robarle la libertad, le robaban también el único amor de su vida.

—Pedro, Pedrín. ¡Hijo mío!

No pudo decir más. La emoción había cerrado su garganta. Clavadas,

como prendidas sus débiles manos en los hierros de la reja, quedó extática, muda por el dolor inmenso. Ya no lloraba. Acaso las lágrimas, reconociéndose impotentes ante su pena, habían renunciado a expresarla.

El niño no había gritado nuevamente. De lejos vino alegre resonar de cascabeles. Un coche alejábase de la solitaria casa, arrastrado por el trote largo de los caballos.

III

LA NUEVA SENDA

La enfermería del colegio era toda blanca, indiferente y fría, blanca, terriblemente blanca como una sala de hospital.

Seis ventanas abríanse al exterior del edificio. Al pie de las ventanas había un jardín, pero aquéllas estaban tan altas que los pobres niños enfermos no podían descubrirlo. A sus pupilas tan sólo llegaba el monótono espectáculo del cielo siempre igual y cuando algún pájaro pasaba raudo, cruzando feliz el espacio infinito, los colegiales hospitalizados lo saludaban con una lágrima.

En aquella sala indiferente y fría despertó Pedrín a las pocas horas de haber sido arrebatado de los brazos de su madre:

—¡Ay, Dios! ¡Qué dolor de cabeza! ¡Y qué angustia!

Pedrín no tuvo tiempo ni para extrañar el lugar donde se hallaba, ni tampoco para descubrir al ensotonado personaje que junto a su cabecera esperaba seguramente aquel instante.

Los efectos del cloroformo habían pasado, pero quedaba la molestia física para librarse del anestésico. Un vómito violento, convulsivo, le tuvo retorcido algunos minutos sobre el sencillo lecho. Luego, rendido, extenuado por el esfuerzo, dejó caer la rubia cabeza sobre el almohadón.

Era mediodía cuando despertó plenamente curado de su letargo. Lo primero que descubrió fué al jesuita que, por expresa orden del director estaba destinado a recibir los primeros reproches del nuevo alumno.

Pedrín, bastante asombrado, pronunció, a tiempo que saltaba de la cama.

—¿Quién es usted? ¿Qué hace aquí? ¿Por qué estoy en esta casa?

—Ha venido usted al colegio y en él estará interno hasta que termine su educación.

—Eso es mentira!

—¡Vamos!... ¡Ese no es modo de expresarse!

—Yo le digo a usted que es mentira. ¡Ya lo creo! ¡Como si yo no me acordara!... Yo no he venido aquí; me han traído y lo peor es que ha sido a la fuerza.

Mientras hablaba Pedrín, comenzó a vestirse las ropas que antes le habían quitado, pero el jesuita se opuso.

—No, ¡no!... Es el uniforme lo que ha de vestir desde ahora.

—¿El uniforme? ¡Ni que fuera un lacayo! Para mí que usted me está tomando la cabellera.

—Comprenda. Se trata del uniforme del colegio. Este.

—Bueno. ¡Lo mismo me da! Por eso no vamos a discutir.

—Ahora debe usted acompañarme.

—¿Supongo que me llevarán a mi casa inmediatamente?

—El director está esperándole en su despacho. Yo... no puedo decirle más.
—Se lo digo a usted porque mi madre está sola y yo sé lo que la pobre
estará llorando.

—¡Cuando usted quiera!

—Ahora mismo. ¡Mire usted que traerme a mí a un colegio de jesuitas!

IV

LA FUGA

De nada le habían servido a Pedrín sus rabietas. Las rebeldías frecuentes impuestas por su carácter fueron y eran severamente castigadas. El muchacho pasaba más tiempo en el calabozo que en la clase.

Alguno de sus profesores lamentábase con empalagosa pena jesuítica, cuando el director preguntaba acerca de la conducta del revoltoso muchacho.

Pedrín no había vuelto a tener noticias de su madre. En vano quiso conseguir el favor de algunos sirvientes del colegio, que en lugar de ayudarle, le denunciaron.

Tan sólo una vez logró que unas letras suyas llegaran a Carmen. Debió el beneficio a un compañero de estudios que, al darle cuenta de su gestión, le trajo una breve carta de la prisionera:

“No vengas, hijo mío. ¡No vengas!... No salgas del colegio. Todavía no puedes saber ciertas cosas. Si sales... ¡peligraría tu vida!”

La firma estaba borrosa y Pedrín pensó con acierto que una lágrima había borrado.

—¡Que no salga! ¡Vaya usted a saber! ¡Y lo peor es que yo me ahogo entre estas cuatro paredes! ¡Que sueño con las sotanas de esta gentuza!... ¡Maldita sea!

Había pasado un año y Pedrín no había sabido adaptarse. Cada vez sus réplicas eran más agrias, sus protestas más audaces y enérgicas. Tiraba los libros, derramaba la tinta, negábase a comer.

Un acto más de rebeldía le llevó de nuevo al calabozo, donde hallóse con un compañero.

Les unía una estrecha amistad, y como durante el día no cesaba la vigilancia, apenas si cambiaron algunas palabras. Hubo sí, por parte del compañero algunos expresivos gestos. Pedrín comprendió que había de comunicarle algo muy importante. Tuvo paciencia para esperar hasta que cerrara la noche.

Envueltos ya en el silencio sin apenas poder distinguirse, hablaron.

—¿Qué pasa? ¿Qué tienes que decirme?—interrogó Pedro.

—¡No grites!... He descubierto una salida y si quieres podemos escaparnos.

—¡A las tres!

—Espera. Tenemos que hacerlo muy cautelosamente. Un paso falso y nos estrellamos sin remedio.

—¡Cobarde!

—¡A ver si te callas!... Mira... Esta mañana he conseguido mover las tejas de ese rincón. Está muy alto, pero entre los dos alcanzaremos.

—Yo saldré, subiéndome sobre tus espaldas. Luego, desde arriba, te daré la mano.

—Bueno, pero tenemos que esperar, porque todavía pueden descubrirnos.
—¡Si no hay otro remedio, esperaremos!

* * *

Llegó la hora convenida. Las doce campanadas murieron lentas en el silencio de la noche y el propósito de los dos prisioneros hubo de cumplirse en todas sus partes. A punto estuvieron de resbalar sobre el tejado. Pedrín era más fuerte que su compañero de evasión y le sostuvo en los instantes de mayor peligro.

Al fin pisaron tierra firme.

—¿Hacia dónde vamos?

—Tú donde te dé la gana—repuso Pedro—. Yo sé donde voy y siento decirte que no puedes acompañarme.

Lo dijo con al resolución, con tanta seguridad en el concepto, que su compañero no pudo replicar. Estrecháronse las manos.

—Adiós, Miguel. La vida es larga y quién sabe si algún día podremos encontrarnos.

—Adiós, Perico. Ojalá volvamos a vernos.

Separáronse definitivamente. Pedro procuró orientarse y una vez lo hubo conseguido, hacia Aranjuez encaminó sus pasos.

A la misma hora en que esto sucedía moría en El Pardo Alfonso XII y en España iniciábase la regencia de María Cristina de Habsburgo.

En el obscuro cielo cielo dibujábanse las primeras luces del nuevo día.

Carmen no había podido cerrar los ojos. La pena, que estaba consumiéndola, parecía más honda aquella noche. ¿Por qué tan profunda inquietud?

—¡Señor!... ¿Qué nueva desdicha me preparas?

Súbitamente escuchó crujir uno de los cristales de la ventana. Cayó el vidrio destrozado. Una piedra lo había roo y la piedra estaba allí sobre la alfombra.

Carmen la recogió, porque con la piedra había un papel escrito.

“Madre: Estoy libre. Acabo de escaparme del colegio para ser un hombre. No se lo digas a don Gonzalo.

La prisionera llevó el papel a sus labios, lo besó muchas veces y solamente pronunció entre un sollozo:

—¡Hijo de mi vida!



CAPITULO XXII

DIVINA JUSTICIA

I: EL REY HA MUERTO.—II: MISTERIOSO ESPIONAJE.—III: EL FANTASMA DE LA GUERRA.—IV: EL RAYO INVENCIBLE

I

EL REY HA MUERTO

Horas de verdadera angustia fueron para Pedrín aquellas que iniciaban su deseada libertad. Cuando al siguiente día penetró en Madrid, capital para él absolutamente desconocida, una impresión de agobio, de insignificancia le sobrecogió el ánimo. Sintióse cobarde, indefenso mejor, ante la cruel indiferencia de la gente.

Con admirable ingenuidad decíase el muchacho:

—¡Bueno! A mí nadie me conoce, es verdad, ni yo conozco a nadie, pero yo, soy yo, yo que tengo derecho a la vida como los demás, yo que trabajaré, que buscaré lo mío sin que nadie venga a regalármelo. Y si yo trabajo, tendrán que pagarme, y si me pagan... ¡la vida es mía!... Adelante, fuerza no me falta ni lengua para ofrecerme tampoco.

Confiado penetró en la corte.

Solamente algunos céntimos constituían todo su capital, capital completamente olvidado, para nuestro pequeño héroe, puesto que para nada lo necesitaba.

Súbitamente y cuando acertó a penetrar en una de las más céntricas vías madrileñas, detúvole el espectáculo magnífico que se ofrecía a sus ojos.

—¡Cuánto soldado! ¡La órdira! ¡Aquí debe pasar algo gordo!

Cuando quiso avanzar, hubo de retroceder ligero. A punto estuvo de atropellarle un caballo, cuyo jinete, a juzgar por su aspecto, debía ser un gran personaje. A Perico se le encandilaron los ojos al advertir el pecho de aquel militar, que galopaba calle abajo a lomos del brioso corcel. Llevaba el pecho materialmente cubierto de condecoraciones, donde el sol quebraba sus rayos de luz magnífica y esplendorosa. Un penacho de blancas plumas le cubría el casco bruñido y en la mano derecha blandía una espada desnuda. A su voz, potente, atronadora, alineábanse obedientes los soldados.

Pedro advirtió que las banderas nacionales estaban rematadas por un negro crespón.

Prensado estaba entre la multitud y tras una fila de soldados. Interrogó a una mujer que se hallaba a su lado:

—¿Quiere usted decirme qué sucede? ¿Por qué van enlutadas las banderas?

La interrogada observó a Pedro durante unos instantes. Luego dejó escapar una sonrisa y exclamó por fin:

—¿De dónde sales tú, chaval, que no lo sabes?

—Acabo de llegar de Chamartín. Vengo a Madrid por primera vez.

—¡Ah! ¡Vamos!... ¡Eres de pueblo!

—Sí, señora.

—Pues sucede que se ha muerto el rey y ahora ha de pasar por aquí el entierro.

—¿Que se ha muerto el rey?

En el rostro del muchacho había una rara expresión, mezcla de alegría y de sorpresa. Tras una breve pausa, exclamó, cuando la noticia le fué confirmada:

—Pues me alegro mucho... ¡Como hay Dios! ¡Con lo poco que le quería mi madre!

—¡Muchacho!

Hubo un revuelo en el grupo. Un hombre desconocido para Pedrín le sujetó airado por el brazo derecho y nuestro héroe comprendió instintivamente que su salvación estaba en la fuga.

Rápido puso en práctica el pensamiento. De un soberbio tirón desprendióse de las manos que le sujetaban e inclinado, a fuerza de codazos y de gritos, logró romper la muralla humana que lo aprisionaba y, por fin, después de una violenta carrera, hallóse en lugar desierto y tranquilo.

Iba jadeante. Sentóse sobre el bordillo de la acera y mientras limpiaba con el dorso de la mano derecha el copioso sudor que inundaba su frente, imaginó:

—¡Yo me tengo la culpa por idiota!... Bueno... ¿Y qué? Si se ha muerto, bien muerto está. No sería muy bueno cuando lo maldijo mi madre.

Pedro buscó la sombra del edificio para reposar. Donde se hallaba, el sol calentaba demasiado. Pudo descubrir un portal amplio y solitario y hacia él dirigió sus pasos.

Apenas atravesó el umbral de su improvisado refugio descubrió a un compañero de infortunio.

Era poco más o menos de su misma edad, pero estaba muy pálido y muy triste. Pedro se le acercó resuelto.

—¿Qué tienes?

El golfo alzó las pupilas y se le quedó mirando.

—¿De dónde eres tú?

—De Aranjuez.

—Y cuando te has “venío” a Madrid será porque allí no atan los perros con longaniza... ¿verdad?

—Yo he venido a Madrid para trabajar, para hacerme hombre.

—¡Anda!... ¡Qué rico! ¡Gachó! ¡No eres tú nadie!... Oye... ¿Has traído mucho dinero del pueblo?

—¡Poca cosa!

—¿Poco o mucho, pero lo tienes?

—¡Hombre!

—Te lo digo porque un favor se hace por cualquiera y, yo, “pa” que lo se-
pas, llevo dos días sin comer.

El golfo había tocado la cuerda sensible de Perico. Este abrió mucho los
ojos al escuchar aquellas palabras.

—¿Has dicho dos días?

—¡Como lo oyes! ¡Me estoy dando unas “bofetás” de hambre!

Nuestro héroe quedó un poco pensativo. El velo que ocultaba a sus ojos
la realidad, comenzaba a rasgarse.

El golfo habló de nuevo.

—Si quieres, con lo poco que tengas, podíamos comer los dos... Cerca de
aquí hay una tienda.

Pedro no pudo refrenar el caritativo impulso. Extrajo del bolsillo los
pocos céntimos que constituían su capital y los presentó a su compañero.

—Aquí está todo lo que tengo.

—Sobra. Más tarde, y aencontraremos lo que nos haga falta. Espérame
aquí, que vuelvo.

El golfo arrebató el dinero, atravesó el portal y, un momento después,
había desaparecido.

Pedrin, ingenuo y satisfecho de su buena obra, esperó el regreso del mu-
chacho. Pasó media hora, una. El golfo no volvió.

El hijo de Carmen comprendió que había sido estafado. No tuvo pacien-
cia para esperar más y salió a la calle.

Caminando iba perezosamente, cuando la casualidad quiso que sus pu-
pilas descubrieran al estafador. Corrió hacia él, pero el golfo, vivo, evitó el
choque y salió corriendo a toda velocidad, mientras sonriendo, gritaba:

—¡Primo! ¡Más que primo! ¡Si te vas al pueblo, cuando vuelvas, avisa!

Pedro no pudo alcanzarlo. Había conocido la primera ingratitud y con
ella el primer dolor de su vida.

—Y lo peor es—reflexionó—que tengo hambre y será preciso aguan-
tármela.

Anduvo errando por Madrid todo el día y, por fin, rendido, cuando llegó
la noche, cobijóse bajo los arcos de la Plaza Mayor. Encogido, tuvo la for-
tuna de que un sueño pesado y reparador calmara los mordiscos del estómago.

Despertó bien entrada la mañana, cuando un agente de policía empujóle
bárbaramente:

—¡Arriba! ¡Si te vuelvo a encontrar aquí vas a dar con tus huesos en
la cárcel!

Pedro no despegó los labios. Huyó apresuradamente. La cárcel era una
deshonra.

—¡Maldita sea!

Cuando ya estaba lejos, advirtió que dos lágrimas rodaban por sus me-
jillas.

Cobró nuevas energías nacidas de su propio dolor, anduvo ligero. Ya no
sentía el hambre. Un ansia de dominio, de triunfo, hacía que la sangre le
golpeará, loca, las arterias.

Tres horas más tarde, la diosa fortuna acordábase de Pedrin. Nuestro
héroe, caminando al azar, detúvose en cierta carbonería de la calle de Jaco-
metrezo y en ella quedó colocado. Había conseguido ahuyentar el fantasma
del hambre. Poco después cargaba sobre su rubia cabeza una espuerta llena
de carbón e iniciaba su marcha por la senda de la conquista.

II

MISTERIOSO ESPIONAJE

España ya tenía un nuevo rey. María Cristina regía en su nombre los tristes y desesperados destinos del gran pueblo en franca decadencia y derrota. El poder, regalía inestimable, pasaba por mercenarias manos, donde la riqueza y el honor del país quedaban enredados y maltrechos. Decíase que transigir significaba gobernar, y sentada esta premisa, la transigencia significaba aceptar, en perfecto acuerdo con la corona, todos los beneficios ilegales, todo lo que representaba medro personal para los que podían acercarse a las escalinatas del trono.

Prebendas, cargos, destinos públicos —vendidos en la plaza al mejor postor—, entorchados, ríos de dinero, sangre de España que corría suelta para alimentar avaricias y vanidades. En las Cortes, elocuentes discursos, críticas acerbas. Una hora después, críticos y censurados abrazábanse en los pasillos del Congreso. A la hora de repartir el botín borrábanse las etiquetas.

¿El pueblo? ¡No existía! Alguna voz rebelde que se ahogaba bajo los acordes solemnes de la *Marcha Real*, entre el escándalo ensordecedor de las plazas de toros, o bien, más trágicamente, tras los gruesos muros de algún castillo.

Así era la regencia y así era España. El príncipe-rey, el que había de ceñir la corona de Carlos I y Felipe II, crecía enteco, revelando en su palidez, en su aspecto enfermizo, la herencia de una raza manchada por todos los vicios, por odas las liviandades y por todas las aberraciones.

Madrid representaba la tierra de promisión, la mágica cueva de Alí-Babá, donde las miserias del pueblo, las energías proletarias, el analfabetismo, el crimen colectivo y horrible, traducíase en repletos talegos de oro acuñado que desaparecían rápidamente bajo las garras de los encumbrados por el favor o por la indignidad.

Y en aquel Madrid, en aquella verdadera corte de los milagros, Pedrín, nuestro joven conquistador, luchaba afanosamente por la vida. Varias veces había cambiado de oficio en pocos años.

En diferentes ocasiones y aprovechando algunos días de asueto, abandonó la corte. Caminó carretera adelante hasta dar con la espléndida finca de Gonzalo de Togores, donde Carmen pasaba su triste y retirada existencia.

No había olvidado Pedro las recomendaciones de su madre. Sabía que llegar a la casa, descubrirse a los ojos del aristócrata, significaba un peligro. Por esto, en sus primeras excursiones, limitóse a rondar el edificio, a espiar aquellas ventanas que correspondían a las habitaciones ocupadas por Carmen.

—¡Si pudiera entrar! ¡Si de algún modo lograra que mi madre me viera!

Una luz, una sombra, lo más pequeño que dentro del edificio podía descubrir, bastaba para que su corazón, acelerando la marcha, le golpeará el pecho, pleno de emoción.

¡Cuántas veces regresó a Madrid, triste, caminando perezosamente, deteniéndose en la carretera para mirar de lejos el edificio cuyos umbrales no podía traspasar!

Un día, y cuando estaba en lo mejor de su espionaje, una de las criadas al servicio de Carmen, hubo de descubrirlo. La vieja sirvienta atravesó la verja del jardín y llegó junto a Pedro, sin que éste pudiera advertirlo.

Le despertó de su atención profunda, golpeándole suavemente en los hombros.

El muchacho giró el rostro rápidamente.

—¡Isabel!

—¿Aún te acuerdas de mí?

—Más podía extrañarme yo de que tú me conocieras.

—Entre mil te hubiera conocido. ¿Qué haces? ¿Cómo vives?

—¡Mira!... ¡Trabajando... Soy ebanista... ¿sabes? Gano cuatro pesetas todos los días... ¿Y mi madre, Isabel?

—¡La pobre!

—¿Está enferma?—preguntó anhelante el muchacho.

—No... ¡Vamos! Digo no... por decir algo. Sufre tanto, llora tanto... El señor no la deja salir de su cuarto...

—Ese tío es un canalla. Tengo ganas de ser hombre, muy hombre... Entonces ya le arreglaré yo las cuentas. Dicen que protege a mi madre, pero lo que yo veo es que la martiriza.

—¡Son cosas de la vida, hijo mío!

—Cye, Isabel, tú podrías hacernos un gran favor a mi madre y a mí. La darías a ella la vida y a mí...

—No sigas. Ya me figuro lo que pretendes.

—¿Te lo figuras?

—Sí. Quieres ver a tu madre. ¿No es eso?

—Eso es, Isabel. ¡Eso es!

—Poder... es claro que puedo, pero piensa que si me descubren, me pondrán de patitas en la calle.

—Cuando el duque no esté..

—Para el caso es lo mismo que si estuviera. Mi compañera me denunciaría.

—¡Es verdad!... Pero... ¡Oye!... ¡Hay una solución!

—¡Ninguna!

—¡Ya lo creo! Mira... si te denuncian... si te echan... te vienes conmigo... y viviremos los dos con mi jornal... ¿Qué te parece?

Isabel dejó escapar una sonrisa.

—¡Como ganas tanto!

—¡Mujer! Con cuatro pesetas no digo que podamos gastar coche, pero... Andá, Isabel... ¡Por lo que más quieras! Por darle un beso a mi madre, por decirle que trabajo, que vivo, que no tengo que avergonzarme por nada, sería capaz de...

—¡Bueno! Calla... ¡Contigo es inútil decir que no!...

—¿Entonces es que lo haces? ¿Es que quieres favorecerme?

—Escucha...

—Dime... ¡Pronto! ¡Mira que me muero de impaciencia!

—Vas a rodear la casa. ¿Comprendes?

—¡Sí!

—Abriré la puerta del huerto. Entras. Yo te acompañaré y, por fin, te saldrás con la tuya.

Isabel cumplió su palabra. Pedro penetró en la casa cautelosamente y sin que nadie pudiera descubrirlo, llegó a la estancia ocupada por Carmen.

—¡Hijo!

—¡Madre de mi alma!

Quedaron fundidos en estrecho abrazo.

A partir de aquel día no pasó mes sin que Pedro, con la complicidad de la vieja criada, hiciera a Carmen la visita que la prisionera esperaba siempre con profundo anhelo, con extraordinaria inquietud.

III

EL FANTASMA DE LA GUERRA

Doce años han pasado a partir de aquella memorable noche en que Pedro hubo de fugarse del colegio.

España atraviesa negras horas de profunda y trágica incertidumbre. En Cuba se han encendido de nuevo las terribles hogueras de la insurrección. La estrella separatista álzase retadora en la manigua. La rapiña, el despotismo, la incomprensión egoísta, daban por fin sus frutos de exterminio y de sangre.

Por toda España resuenan las arengas patrióticas y suicidas.

Había que salvar la integridad colonial, el "honor" de España, la fe religiosa, y con todo esto, los negocios fabulosos de los que usufructuaban la esclavitud, el terrible látigo, que azotaba constantemente la piel atezada de los indígenas, que no eran españoles, que no eran hombres; eran negros, y eso no era precisamente lo mismo.

María Cristina opinó que "para salvar su alma" era precisa la guerra, era necesario derrochar el dinero y la sangre en la manigua.

Los insurrectos no estaban solos. No faltó quien les proporcionara armas y dinero contra el centralismo fraíluno, contra la sotana y el hábito, dueño de la vida y de la riqueza españolas.

Hervía el patriótero entusiasmo. ¡A Cuba!... La Marcha de Cádiz... Lazos en las solapas, alborotadas tertulias de café. Allí, en Cuba, estaba la fiebre, estaba el machete, vengador y terrible, estaba la ruina de España, pero los gritos eran cada día más agudos, más imperiosos... ¡A Cuba!... Comenzó el embarque de tropas y con él la sangría, el desastre.

A la sazón, Pedro Recio había cumplido los veintidós años. Esperaba ser arrastrado de un instante a otro por la tremenda leva que le llevara al otro lado del mar.

Un día había salido del taller y, pensativo, imaginando que si le llevaban terminarían sus visitas a Carmen, acaso para siempre, penetró en cierta taberna de la Rivera, donde acostumbraba a encontrarse con sus compañeros de oficio.

Ocupó un lugar entre ellos, y sin poder alejar su tristeza, hundió el rostro entre las manos. Alguno le interrogó:

—¿Qué e pasa?

—Nada. Tengo mal humor.

—¿Te preocupa la guerra?

—¡No es eso!

—Al fin tendremos que pasar el charco.

—¡Si no hay otro remedio!

—Menos mal que tú tendrás que ser valiente a la fuerza.

—¿Por qué?

—Por tu nombre, o mejor dicho, por tu apellido. ¡Un hombre que se llama Pedro Recio!

—¡Tienes razón!

En aquel instante un viejo que silencioso consumía a pequeños sorbos un vaso de vino, alzó las grises pupilas a nuestro héroe. Lo hizo con tanta resolución, con tanta firmeza que Pedro no dejó de advertirlo.

El joven ebanista obedeció la llamada, y al acercarse, el anciano exclamó:

—Siéntate a mi lado, muchacho y pide lo que quieras.

—¡Gracias!, pero...

—Ya sé que no me conoces. Yo tampoco te hubiera conocido sino llego a escuchar tu nombre, tu apellido, del que guardo tantos recuerdos.

—¿Usted?

—Conocí mucho a tu padre, a tu padre, que se llamaba como tú. Era un valiente. A él lo mató la guardia civil y a mí me llevaron a la cárcel. Allí me tuvieron catorce años... ¡Bandidos!

—¿Dice usted que conoció a mi padre?

—¡Y a tu madre también! ¡La pobre! ¡Más le valía haberse muerto!

—Pero...

—¿Qué fué de tu madre? ¿Vive todavía con aquél?...!

—Le advierto que...

—Calma, muchacho. Tú lo ignoras todo... ¡Ya se ve!

—Mi padre sirvió al duque de Albaida y a mi madre la protege ese señor...

—¡Ese canalla!...

—¿Quiere usted explicarse? ¡Por favor!

El viejo habló, perezosamente al principio, apresurado y nervioso después. Toda la historia de inquietud y de lágrimas que ya conocemos, pasó por sus labios. No dejó de referir un solo detalle, no se olvidó de la más pequeña infamia.

Pedro no podía dominar su indignación, la nerviosidad que le hacía apretar los puños sobre el sucio tablero de la mesa.

—¿Y qué más?

—Nada más, chaval. Ya lo sabes todo. ¡Si es verdad que quieres a tu madre, todavía estás a tiempo de vengarla!

Recio se alzó del taburete y el viejo le detuvo por uno de los brazos.

—¡Oye! Si la ves, dile que Andrés todavía vive y todavía la recuerda.

Pedro acaso no escuchó aquellas palabras. Inmeditamente salió de la taberna y minutos más tarde hallábase camino de Aranjuez.

—¡A ver si ahora existe el guapo capaz de prohibirme la entrada!

IV

EL RAYO INVISIBLE

En la penumbra del gabinete, la figura enlutada y encogida de Carmen apenas puede distinguirse.

Súbitamente alguien abre la entornada puerta, avanza unos pasos y se detiene al llegar al centro del gabinete.

Carmen gira el rostro y a tiempo de erguirse exclama, dirigiéndose al recién llegado:

- ¡Por fin! Creí que no vendrías!
- Poco ha faltado para que aciertes. La situación es muy crítica y apenas dispongo de algunos minutos... ¿Qué quieres?
- ¡Siéntate!
- Ya te dije que no puedo detenerme. Dime lo que quieras, pero pronto. Carmen vaciló unos instantes.
- ¡Vamos!—apremió Gonzalo, pues no era otro el que se hallaba junto a Carmen—. ¿Hablarás por fin?
- Quería pedirte un favor. El único... Ya sabes que nunca he pedido nada.
- ¡Acabemos! ¿Qué deseas?
- Tú sabes que mi pobre hijo...
- ¡Ah! Pero...
- Déjame acabar. ¡Te lo ruego!... Tú sabes que Pedro ha de ingresar en filas...
- Bien... ¿Y qué? Para eso es español y debe defender a su patria.
- Lo llevarán a la guerra. Lo matarán, Gonzalo... ¡Lo matarán y tú puedes salvarlo!
- ¡Bah!... No te molestes. Precisamente si algo deseo es perderlo de vista.
- ¡Jesús!
- Siento decírtelo con toda sinceridad, pero alguna vez había de hablarte con franqueza.
- ¡Por caridad, Gonzalo! ¡Por lo mucho que he sufrido en mi pobre vida!
- Es inútil. Pídeme lo que quieras, menos eso. Es un odio reflejo... El no tiene la culpa, pero... ¿qué quieres?... En esta ocasión no puedo complacerte.
- ¡No tienes corazón! ¡No tienes conciencia!
- Tantas veces me lo has dicho que, la verdad...
- Por última vez, Gonzalo. Te lo pido de rodillas.
- No hablemos más. Debes resignarte.
- ¡No, no te vayas! ¡No te vayas sin prometerme que has de salvarlo!
- Carmen había detenido al duque por uno de los brazos, pero éste, para soltarse, la sacudió bárbaramente.
- Llegó de fuera en aquel instante los gritos de algunos criados. Con violencia abrióse la puerta del gabinete y en la estancia apareció Pedro.
- Gonzalo retrocedió aturdido. Era el otro, ¡el muerto! Por lo menos así lo creyó el aristócrata.
- Pedro le sujetó enérgicamente por los brazos a tiempo que Gonzalo se desplomaba.
- Carmen, horrorizada, retrocedió, mientras clamaba angustiada:
- ¡Le has muerto! ¡Dios mío!
- El ebanista habíase inclinado sobre el cuerpo del aristócrata y respondió sordamente:
- No, madre. ¡Se murió él antes de que yo lo matara! ¡Maldita sea mi estampa!

AVENTURAS PRODIGIOSAS

[Faint, illegible text, likely bleed-through from the reverse side of the page]

¿LE INTERESAN LOS LIBROS DE AVENTURAS Y VIAJES?

LEA LA INTERESANTE COLECCION TITULADA:

AVENTURAS PRODIGIOSAS

QUE SE COMPONE DE LOS SIGUIENTES TITULOS:

- LA AVENTURA INFANTIL.—16 cuad., a 10 cts. cuaderno.
JACK Y DOLLY (Emocionantes aventuras de dos huérfanos alrededor del mundo).—18 cuadernos a 10 cts. cuaderno.
ROCK (Emocionantes heroismos y luchas prodigiosas de un muchacho intrépido).—8 cuad., a 10 cts. cuaderno.
LOS HEROES DEL AIRE.—16 cuad., a 10 cts. cuaderno.
RAUL, EL PAJE VALEOSO.—14 cuad., a 10 cts. cuaderno.
CABRIOLA, EL SALTIMBANQUI PRODIGIOSO.—16 cuad., a 10 cts. cuaderno.
MILIN, EL REY DE LA AUDACIA.—10 cuad., a 10 cts. cuaderno.
TRIC Y NELLY (Aventuras de dos huérfanos en tierras de canibales).—10 cuad., a 10 céntimos cuaderno.
NÉD, EL REY DEL AIRE.—8 cuad., a 10 cts. cuaderno.
FANET (Extraordinarias aventuras de un intrépido grumete).—40 cuad., a 10 cts. cuaderno.
KIT, AVENTURAS DE UN NIÑO ROBADO.—12 cuad., a 10 cts. cuaderno.
TIT, EL HIJO DE SHERLOCK HOLMES.—8 cuad., a 10 cts. cuaderno.
FLORDELIS, EL PEQUEÑO MOSQUETERO.—16 cuad., a 10 cts. cuaderno.
BOB, EL PEQUEÑO DETECTIVE.—16 cuad., a 10 cts. cuaderno.
QUIQUET, EL REY DE LOS AVENTUREROS.—12 cuad., a 10 cts. cuaderno.
QUINTIN, EL BOLIDO HUMANO.—42 cuad., a 10 cts. cuaderno.
BALA SEGURA, EL PEQUEÑO HEROE DE LA PRADERA.—10 cuad., a 10 cts. cuaderno.
PILDORITA, EL GOLFILO AVENTURERO.—16 cuad., a 10 cts. cuaderno.
TONI (Aventuras de un joven español en el país de los pieles rojas).—30 cuad., a 10 cts. cuaderno.
FANFAN (Prodigiosas aventuras de un muchacho intrépido y valeroso).—40 cuad., a 10 céntimos cuaderno.
PAKO, EL REY DEL VALOR Y DE LA FUERZA.—32 cuad., a 10 cts. cuaderno.
TINO, EL INTREPIDO.—20 cuad., a 10 cts. cuaderno.
KIKI (Prodigiosas y heroicas aventuras de un niño huérfano y pobre a través del mundo).—36 cuadernos a 10 cts. cuaderno.
RATAPLAN, EL TAMBORILERO DEL REGIMIENTO.—20 cuad., a 10 cts. cuaderno.
EN BUSCA DE AVENTURAS.—16 cuad., a 10 cts. cuaderno.
FRÉD (Heroicas aventuras de un joven abnegado y valeroso).—40 cuad., a 10 cts. cuaderno.
DELFIN, EL GRUMETE DE LOS CORSARIOS.—16 cuad., a 10 cts. cuaderno.
AVENTURAS DE RIN-TIN-TIN, EL PERRO JUSTICIERO.—16 cuad., a 10 cts. cuaderno.
RALPH, EL PEQUEÑO DETECTIVE.—4 cuad., a 10 cts. cuaderno.
AVENTURAS DE DOS HUERFANOS.—4 cuad., a 10 cts. cuaderno.
WALTER, EL PEQUEÑO SALTIMBANQUI.—4 cuad., a 10 cts. cuaderno.
EL BARON MISTERIO.—4 cuad., a 10 cts. cuaderno.
HALKER NOWE, EL PEQUEÑO CORSARIO.—4 cuad., a 10 cts. cuaderno.
EL PEQUEÑO AVENTURERO.—4 cuad., a 10 cts. cuaderno.
EL CLUB DE LOS ENMASCARADOS.—4 cuad., a 10 cts. cuaderno.
DECKER DOW, EL TERROR DE LOS PIELS ROJAS.—4 cuad., a 10 cts. cuaderno.
JACK WILLS, EL TERROR DE LA PRADERA.—24 cuad., a 5 cts. cuaderno.
DEKER, EL TERROR DE LOS PIRATAS.—24 cuad., a 5 cts. cuaderno.
TARARI, EL VALIENTE CORNETIN.—20 cuad., a 10 cts. cuaderno.
FLORIAN, EL CADETE DE LA REINA.—16 cuad., a 10 cts. cuaderno.
TITAN DE BRONCE (Aventuras de un capitán de 20 años).—16 cuad., a 10 cts. cuaderno.
FERMIN DE CASTRO, EL GUERRILLERO FANTASMA.—24 cuad., a 10 cts. cuaderno.

Dichas obras puede Vd. adquirirlas por mediación de nuestros corresponsales o pidiéndolas directamente a esta Editorial. El pago debe ser anticipado por giro postal o en sellos de franqueo.

Dirigir la correspondencia a las siguientes señas:

SR. D. JUAN BRUGUERA, EDITORIAL "EL GATO NEGRO"

MORA DE EBRO, 141

BARCELONA